

za quiso hablar de en medio de la nieve en el Esquilino, y de entre las cenizas en Pesquería. En uno y otro caso, los mandatos del Señor fueron escuchados, y como en otro tiempo Nehemías, el pueblo cristiano exclamó, confundiéndose en uno sus gritos: *surgamus et ædificemus*. No dejemos que el desaliento paralice nuestros miembros; no permanezcamos ociosos contemplando los escombros y ruinas del Templo. ¡Sus! Levantémonos como esforzados varones, y reconstruyamos el edificio: *surgamus et ædificemus*. No faltará quien se burle de nosotros, y nos diga como en otro tiempo los samaritanos: ¿qué pretenden estos imbéciles devotos, *quid Judæi faciunt imbecilles?* ¿Por acaso podrán en un día restaurar la obra de muchos años, *num sacrificabunt et complebunt in una die?* ¿Por ventura está en sus manos convertir en piedras esos montones de polvo calcinado y edificar con cenizas paredes y bóvedas, *numquid ædificare poterunt de acervis pulveris, qui combusti sunt?* Estos y otros reproches nos dirigirán con sarcástico labio; pero ¿qué importa? Con los hechos probaremos lo vano de tales increpaciones. ¡Ea, levantémonos, y reedifiquemos antes de un año nuestra destruida parroquia, *surgamus et ædificemus!*

Cuenta la historia que la misma noche que caía en Roma la milagrosa nieve, se aparecía en sueños la Santísima Virgen á Patricio y á su esposa, ricos señores sin prole, que deseaban consagrar su hacienda á obras piadosas, y no cesaban de pedir á su celestial Patrona les indicara la empresa á sus divinos ojos más grata. Ella les dijo que en el lugar cubierto por la insólita nieve le edificaran magnífico santuario; y los piadosos cónyuges, obedientes al mandato de la Reina del cielo, y secunda-

dos por los fieles Romanos, construyeron la suntuosa Basílica Liberiana.

Aquí, sin milagro, ni sueño, ni visión, habló el Señor á dos piadosos cónyuges, casi en las mismas circunstancias que los fundadores de Santa María la Mayor, y émulos de sus virtudes y de su generosidad. El vasto recinto que ahora nos cubre, es el que señalaban las cenizas, hace sólo trece meses. Paredes, techo, altares, todo se levanta más sólido y más suntuoso que en el destruido edificio, y todo se debe al empeño y liberalidad de la devota pareja; al desprendimiento y actividad del pueblo todo, hombres y mujeres, niños y ancianos; á los donativos también de los habitantes de otras villas y ciudades que han respondido prontamente al llamamiento de sus hermanos de Pesquería.

Signo de reprobación en este mundo y en el venidero es destruir los templos del Altísimo. Sólo á los muy queridos del Señor Todopoderoso es permitido edificar la casa y los atrios de Aquél que aun á David, á su predilecto David, negó esta gracia por ser hombre de guerra y haber derramado sangre. En los que han construido con tanta prontitud este santuario, debemos, por tanto, honrar á los amigos del Dios de bondad, predestinados, como Salomón, para edificarle una morada digna de su altísima Majestad. Honremos al pueblo todo, que al oír la voz del Señor que de en medio del fuego le hablara, renovó por completo sus obras; las obras materiales, que son resultado de las buenas obras, de las obras de virtudes agradables á Dios y aceptadas por Él en olor de suavidad: *nova sint opera.*

---

## II

No se ha limitado vuestra laboriosidad á hacer renacer de sus cenizas la Iglesia matriz; sino que, mientras que con asombrosa prontitud se levantaban otra vez las paredes que ahora nos cercan, se erigía desde los cimientos el nuevo santuario que ayer dediqué al Santo Profeta Elías. ¡Actividad sin igual en todo mi obispado! ¡Con cuánto gusto he venido á cerrar mis tareas apostólicas en esta diócesi, celebrando la triple función á que me habéis convidado! Triple, sí, porque á la dedicación de los dos templos se añadió la bendición ó el bautismo de una campana, la cuarta que en poco tiempo he consagrado en vuestra villa.

No es nueva, por tanto, para vosotros semejante ceremonia, y ya otras ocasiones os he explicado los augustos ritos con que la Iglesia personifica, por decirlo así, el sagrado bronce, dándole un nombre, y un santo patrono, como á los niños en la fuente bautismal; lavándolo con agua consagrada; ungiéndolo con óleo y crisma, y hasta convidando á los personajes más distinguidos para que le sirvan de padrinos. No repetiré lo que otras ve-

ces he dicho, y sólo al oír el tañido de la campana á que impuse ayer el nombre de *María del Carmen* exclamaré conmovido: todo se ha renovado en este año; no sólo las obras son nuevas, sino también las voces, *voces et opera*.

En efecto, si la campana es bajo un punto de vista la voz de Dios, bajo otro es la voz de los hombres. Ella con el alegre repique expresa el gozo de todo un pueblo cuando llegan las festividades cristianas. Ella con la pausada rogativa parece llevar hasta el cielo las oraciones de los fieles. Ella con el fúnebre doble pregona nuestra aflicción por la muerte de algún ser querido. Renace el niño con las aguas del bautismo, la campana lo anuncia; reciben dos felices esposos la nupcial bendición, la campana lo proclama; se acerca al tribunal de Dios el cristiano, consumada su mortal carrera, la campana lo acompaña en su agonía. Al son del bronce se ofrece el Divino Sacrificio; su tañido llama en el tiempo cuaresmal al tribunal de la penitencia; su clamor anuncia el ayunó. De tal manera se mezcla la campana en todos los actos del cristiano, que fieles é infieles, por las campanas de un pueblo y de una nación, por el modo y frecuencia de su tañido, por su número y dimensiones, conocen la piedad ó indevoción, la cultura ó barbarie de los habitantes.

No en vano, pues, deduzco que al consagrar al Señor un nuevo bronce, nuevas son vuestras oraciones, nuevos vuestros cánticos religiosos, nuevas, en suma, vuestras voces. No en vano me siento movido á repetiros con David: entonad al Señor un himno nuevo; *cantate Domino canticum novum*; nuevo, porque su Templo antiguo se ha renovado; nuevo, porque otro santuario se ha eri-

gido desde los fundamentos. La piedad es antigua en esta feligresía, el culto y las prácticas religiosas no han decaído de su antiguo esplendor; pero es preciso, como nos recomienda el Apóstol, renovarnos continuamente en el espíritu de nuestra vocación á la Religión de Jesucristo, y tal me parece que habéis hecho en estos meses, obedientes á la voz del Señor que os habló de en medio del fuego.

### III

Ya en su tiempo se quejaba San Gregorio Magno de la doblez intolerable que reina en la tierra. Ahora como entonces la sabiduría de este mundo consiste en encubrir la verdadera intención con multiplicados artificios, *cor machinationibus tegere*; ahora como entonces la gran ciencia del vivir suele ponerse en que las palabras, disfrazando nuestros pensamientos, desorienten al que nos escucha: *sensum verbis velare*. No es, pues, regla segura de que el corazón está limpio, cuando alguna obra, buena en apariencia, se lleva á cabo. La máscara de la piedad y de la religión sirve á menudo para encubrir dañadas intenciones, y muchos puede haber que en un lugar construyan un Templo, y en otro derriben una Basílica; que doten una casa de beneficencia con los mismos objetos ó el mismo dinero á otras instituciones más benéficas arrancados con la violencia.

Pero no es equitativo ni prudente medir á todos con la misma medida, y confundir á justos y pecadores en el mismo anatema. Esto sería asemejarnos á ese mundo de que se queja San Agustín, á ese vulgo de que el Padre antes citado dice con amargura que se burla del candor y sencillez del hombre recto, *deridetur justis simplicitas*. Muchos existen todavía en la tierra cuya sabiduría estriba en nada fingir, en nada simular, *sapientia justorum est nil per ostensionem fingere*; que aman la verdad por sí misma, que evitan cuidadosamente hasta la sombra de

mentira, que con las palabras expresan siempre lo que siente su corazón: *sensum verbis aperire, vera ut sunt diligere, falsa devitare.*

¿Me equivoco, por ventura, ¡oh habitantes de Pesquería! clasificándoos á vosotros en en esta última categoría? ¿Yerro al pensar que con las obras y las palabras se han renovado vuestros corazones? ¡Oh! Si por acaso me engaño, por piedad no me saquéis de mi error. Antes bien convertidlo en realidad, purificando desde este instante vuestras conciencias y rectificando vuestras intenciones. ¿Hubo alguno entre los muchos que contribuyeron á la reconstrucción de la Iglesia parroquial, que á ello se moviera por el deseo tan sólo de una vana popularidad, por el anhelo de pasar entre sus conciudadanos por hombre generoso, y avanzar de tal suerte en la estimación de los hombres, aunque no en la gracia de Dios? Sin cambiar sus buenas obras, trueque su corazón. El Templo á cuya reedificación contribuyó lo acoja pronto en su recinto, no en horas de fiesta como la presente, sino en esos momentos de soledad que convidan á la oración y á la penitencia. Póstrase á los pies del confesor, nárrele entre lágrimas de compunción la triste historia de sus culpas, y obtenga de Dios el perdón, y de su ministro la absolución deseada. ¿Hay alguno que sólo ha visto en la Iglesia un monumento profano, sin el cual una villa no es digna de tal nombre, cuya falta es un borrón en un pueblo, y sólo bajo este aspecto trabajó para la conclusión del presente? De hoy más aprenda á considerar este recinto como la casa de Dios, á temblar ante el augusto santuario, á penetrar en él asiduamente y cumplir con sus deberes de cristiano.

En pocos, empero, habrá que verificarse tal cambio. Tan general y de tantos años es la piedad de este pueblo, que no puede ni remotamente sospecharse que toda sea vana exterioridad. Tan espontáneos y universales han sido los esfuerzos en los últimos meses por reparar los daños causados por el fuego, que temerario sería pensar que miras bastardas han movido, no digo á la mayoría, sino á uno solo de los habitantes de esta villa. Por el contrario, tan grandes han sido las manifestaciones de piedad y celo, que casi nos vemos tentados á bendecir el fuego que acendró el oro de las virtudes de estos buenos feligreses.

Gracias te doy ¡oh Señor! que hablaste de en medio de las llamas, y dijiste, como en otro tiempo á San Juan, he aquí que renuevo todas las cosas, *ecce nova facio omnia.* Vuelve benigno tus ojos á este pueblo que con tanta prontitud escuchó tus palabras. Habita perpetuamente en este Templo que se levantó á tu nombre, con mayor magnificencia que el antiguo. Escucha las primeras oraciones que en él dirigimos, y acepta benigno, como en otro tiempo el de Abel, el primer sacrificio que en el recién erigido altar vamos á ofrecerte. Auxilia con tu gracia á estos fieles que me circundan, y que renovados ya interior y exteriormente, quieren despojarse todavía más completamente del hombre viejo, y renovar cada día sus corazones, sus palabras y sus obras, hasta hacerse dignos de verte cara á cara en la eternidad.

---